

Le Pêle-Mêle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:

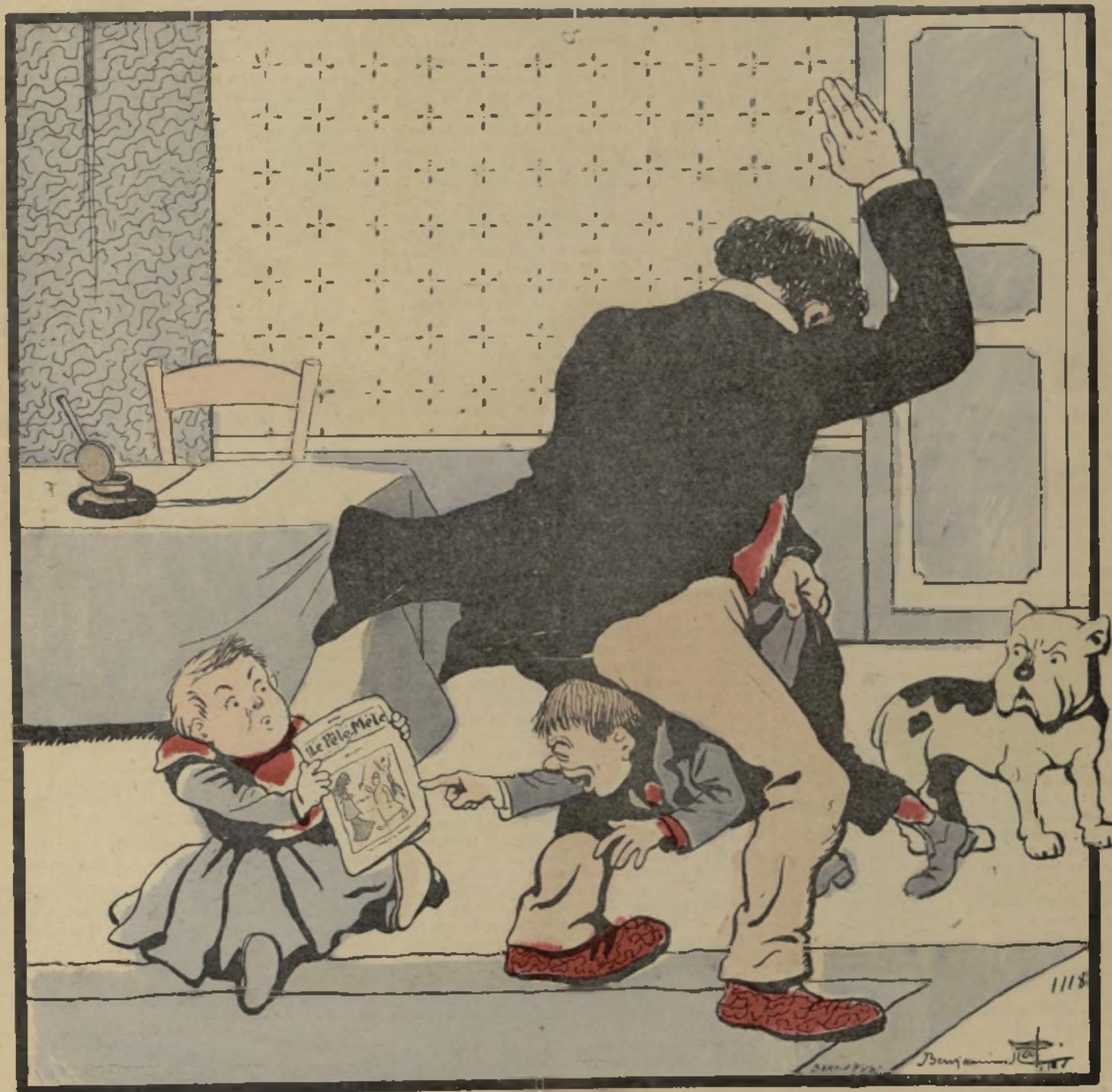
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCION:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo o letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



¡A grandes males, grandes remedios!

CARIDAD

El chubasco cesó bruscamente. A través de los desgarrones que de súbito se abrieron en el toldo de nubes, lanzó el sol alegres rayos, que resplandecieron en los charcos de la calle, irisándose en la ininidad de gotitas que aun descendían como diamantes líquidos por el aire. La vida animó otra vez los bulevares, destertos un minuto antes, con el ir y venir de toda una multitud indolente ó apresurada, rica ó pobre, alegre ó triste...

Juan Lodón abandonó el sitio en que se había guarecido de la lluvia, la vasta entrada de un lujoso inmueble de la Avenida de la Opera. De buena gana hubiera per-



manecido todavía algunos instantes más en el portal, queriendo evitar á su preciosa chistera las últimas gotitas que aún se desprendían de las hojas de los árboles; pero ya el conserje saliendo de su kiosco refunfuñaba por lo bajo, miraba de reojo y con evidente mal humor las huellas húmedas de las pisadas y estaba á punto de enfurecerse por tener que sufrir la invasión de «aquella gente» que prefería ensuciarle los baldosines antes que mojarse.

Ya en medio de la calle, Juan Lodón emprendió nuevamente la marcha, hueco el vientre, vacía la cabeza, fatigado de sus infructuosos pasos para alcanzar un empleo, y desanimado por los numerosos desengaños sufridos.

No obstante, aquella mañana había tenido una corazonada. Cepilló su negra levita, alisó blandamente con el pañuelo su sombrero de seda, y con minucioso cuidado reparó todos los desórdenes de su *toilette*. El sentimiento de ir limpiamente vestido le infundió ánimo. Y luego... ¡qué diablo! ¿era por ventura el único

que se hallaba en tales apuros? Bachiller, cabo furriel en el regimiento, conocedor al dedillo de la teneduría de libros, era imposible que no hallase un empleo como el



que ejercía en la casa de comercio que fatalmente había tenido que declararse en quiebra. ¡Un empleo de ciento cincuenta francos... ciento veinticinco... hasta cien francos al mes!... cualquier cosa; la cuestión era salvar por lo pronto la pitanza.

Pero nada. Aquel día fué ni más ni menos que los precedentes. En todas partes, tenían completo el personal, los negocios no iban muy bien que digamos... Más tarde, quizá... se harían los posibles!... ¡Ah! el cliché de esta fórmula estereotipado lo tenía en la memoria. Sabía perfectamente de antemano lo que iban á contestarle. Toda la mañana se la había pasado yendo de casa en casa y dejando un poco de su esperanza y de su energía en cada puerta.

El enunciado del problema presentábase hoy muy distinto de los días anteriores. Era preciso comer. Los últimos cinco céntimos que contenía su bolsillo los había empleado en la adquisición de un pan que fragmentó casi hasta el infinito para comerlo en pequeñas dosis desde el medio día hasta las dos de la tarde, la hora del descanso, en el patio del Museo del Louvre, sección de escultura. El sitio es propicio para disimular el hambre, detrás de las estatuas, oculto á las miradas de los burlones... Además, ocurre muchas veces encontrar junto á un caballete una rebanada de pan, tierna todavía, que se ha dejado olvidada el estudiante ó la joven artista

que copia un modelo...

Pero los museos están cerrados en aquella hora, y á Lodón le hace falta algo más que una rebanada de pan tierno... ó seco. Necesita un poco de vino, un poco de carne... ha de renovar la provisión de energía para mañana. ¡Ah! ¡si á lo menos le quedasen algunos céntimos!... Comería y se iría á echar una siesta para aliviar algo la pesadumbre con el sueño...

Pues es de saber que á Juan Lodón no le falta cama. La patrona le fia... Su aspecto es tan distinguido, tan elegante, tan pulcro... Por eso no se atreve á confesarle sus apuros, á pedirle limosna. Esto equivaldría á perder todo su prestigio... todo su crédito... ¿Cómo se las compondría entonces si no tenía un techo donde cobijarse por la noche?...

Juan Lodón anda ahora errante y sin rumbo fijo á lo largo de los bulevares. Las terrazas de los cafés rebosan de clientes... Parisienses hastiados, provincianos cándidos y recelosos, extranjeros prácticos. Y luego los exóticos mauleños y los taimados continuamente al acecho de la caza...

Por la avenida va y viene la muchedumbre... los reyes eternos de la acera, los vendedores de chucherías, y detrás de ellos, el desfile de los bohemios, de los hambrones, de los «futuros compañeros vendedores del problemático zoquete», piensa irónicamente Juan.

Ya es una mujer que arrastra los zapatos. En su brazo, un bulto de andrajos en que apenas si se distingue una escuálida criatura que pernea... La mirada oblicua de la pordiosera implora; extiende la mano y murmura sílabas incomprensibles y lacrimosas entrecortadas por un hipo con vahos alcohólicos... Y va recogiendo céntimos.

Más allá andorrea una chiquilla, sucia la cara y enmarañados los cabellos. En ese momento, marchando hacia atrás, alaja obstinadamente el paso á un transeunte que, fastidiado ante la porfía de la mocu-suela, le arroja cinco céntimos en la pringosa mano.

Más lejos vocea un periódico una mujer con voz tan suplicante y casi llorosa, que el paseante casi ni se atreve, á cambio de la moneda, á tomarle uno de los dos ó tres eternos ejemplares que componen su caudal...

Juan Lodón envidia, con sorpresa suya, la suerte de esos miserables. Verdaderamente el corazón humano es bueno... abundan las personas caritativas. ¡Quién habla de morir de hambre!... ¡Si no hay más que tender la mano!... ¡Ah! ¡si él se atreviese!...

Ahora observa á otro desdichado, y le interesa su procedimiento.

Es un hombre en el vigor de su edad, no mal vestido, bien calzado, que adrede parece fingir cierto aspecto de miseria. Su mirada es sombría; en su rostro, á lo que parece, acentúa varios pliegues el sufrimiento. No lleva cuello; la barba crecida y descuidada, poco limpias las manos y manchado el traje.



Deposita, sobre las mesas de los cafés, anchos sobres amarillos en los cuales hay trazadas algunas líneas.

Lodón conoce á ese hombre. No es la primera vez que le ve, á él ó á otro parecido; le ha socorrido en tiempos en que podía ofrecerle una limosna de diez céntimos que pide la inscripción del sobre:

«Piedad para un infeliz sordomudo. Compradme la buena ventura. ¡Salud, generosos corazones!»

¡Sordo y mudo!... ¡Cuán digno es de lástima! Y caen los céntimos en sus manos... alguna moneda de plata de vez en cuando...

Juan, interesado, cuenta. Noventa céntimos en esa terraza; en esa otra cuarenta, ó sesenta... no ha reparado bien. (No son

muy espléndidos aquí!...) Pero más lejos... ¡ah, más lejos!... «¡Cómo llueven!» se dice Juan, casi alegre, gozando con el placer del hombre á quien observa y del cual experimenta, por un fenómeno reflejo, las sensaciones que supone han de animarle, lo mismo que en otras ocasiones se ha interesado contemplando la suerte de un jugador que está de vena...

El tiempo pasa, no obstante. Anochece y las mesas de los cafés van quedando desiertas.

El hombre se ha metido en el bolsillo los sobres que le restan... Ahora se mezcla con la muchedumbre como otro transeunte cualquiera. Lodón va siguiéndole los pasos. Súbitamente le ha acudido una idea, inspirada por su vientre, que á gritos le recuerda la necesidad de comer...



Ese hombre, ese mendicante, que conoce el sufrimiento, que no ignora las torturas del hambre, tal vez se compadezca ante la súplica de otro miserable... Los desdichados suelen prestarse mutuo apoyo. No es ya una limosna, es un servicio que se prestan poniéndose á la recíproca. Ese sordomudo acaba de realizar un beneficio enorme. «¡Casi es un capitalista!», se dice Juan sonriendo para cobrar ánimo. ¡No se negará á prestarme unos céntimos!...

Con paso deliberado y haciendo acopio de toda su jovialidad (para hablar de hermano á hermano), avanza y da alcance al hombre. Ha olvidado que el otro es sordo y mudo. Lodón tiene concentrado todo su pensamiento en el éxito del empréstito que hará al capital que ha visto crecer tan rápidamente...

— Dispense usted, caballero... digo, amigo, amigo mío... digo...

El hombre levanta la cabeza y contempla al importuno con mirada desconfiada y dura á la vez.

Lodón queda cortado. No obstante, continúa tímidamente:

— No tengo nada que comer... le he visto á usted ahora mismo... si pudiera usted...

El pordiosero, el sordo y mudo, se detiene. Su rostro dolorido ha recobrado su expresión natural, antipática y altanera. Su mirada, penetrante ahora, ha desnudado de arriba á bajo á aquel pelafustán que se humilla ante él, y con breve y seco acento suelta estas palabras desdeñosas:

— Yo no doy nunca limosna en la calle, amigo.

ESTEBAN JOLICLER.

—El hijo del tío de Miguel, ¿de quién es hijo?

—De Miguel.

—Hombre, no; es hijo de su tío.

El deseo cumplido

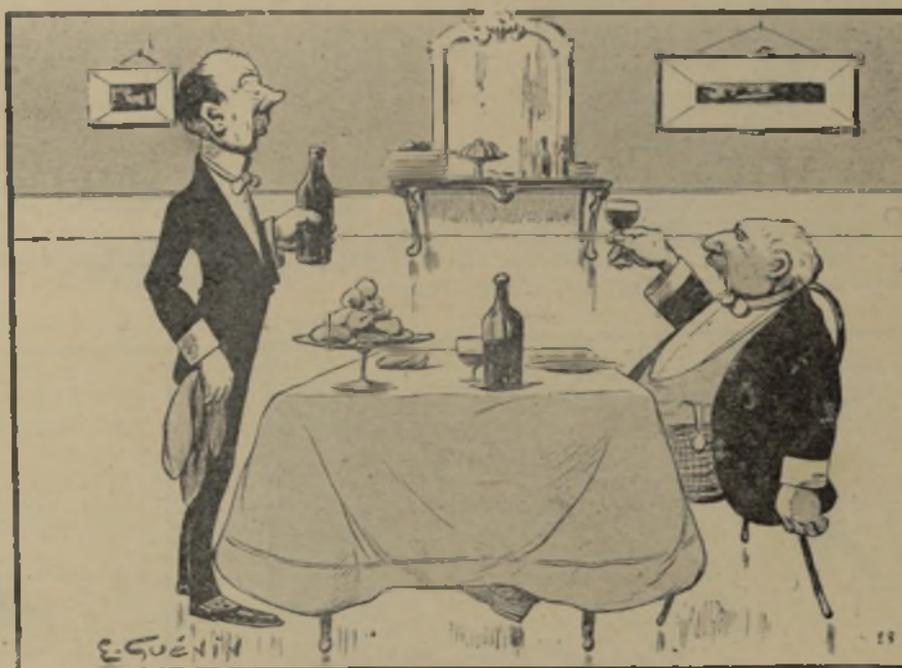


— ¡Buena la he hecho! — dijo el vizconde de Castroverde. — Creí que era de etiqueta el baile de la duquesa, y ahora, releyendo la invitación, veo que es de trajes. ¡Cómo me las compongo! Es demasiado tarde ya para volver á casa.

— ¡No te apures por eso, pelele! — gritáronle dos individuos de mirar atravesado, surgiendo de pronto de una espesura. — ¡Si eso te da pena, pronto vamos á sacarte del conflicto!



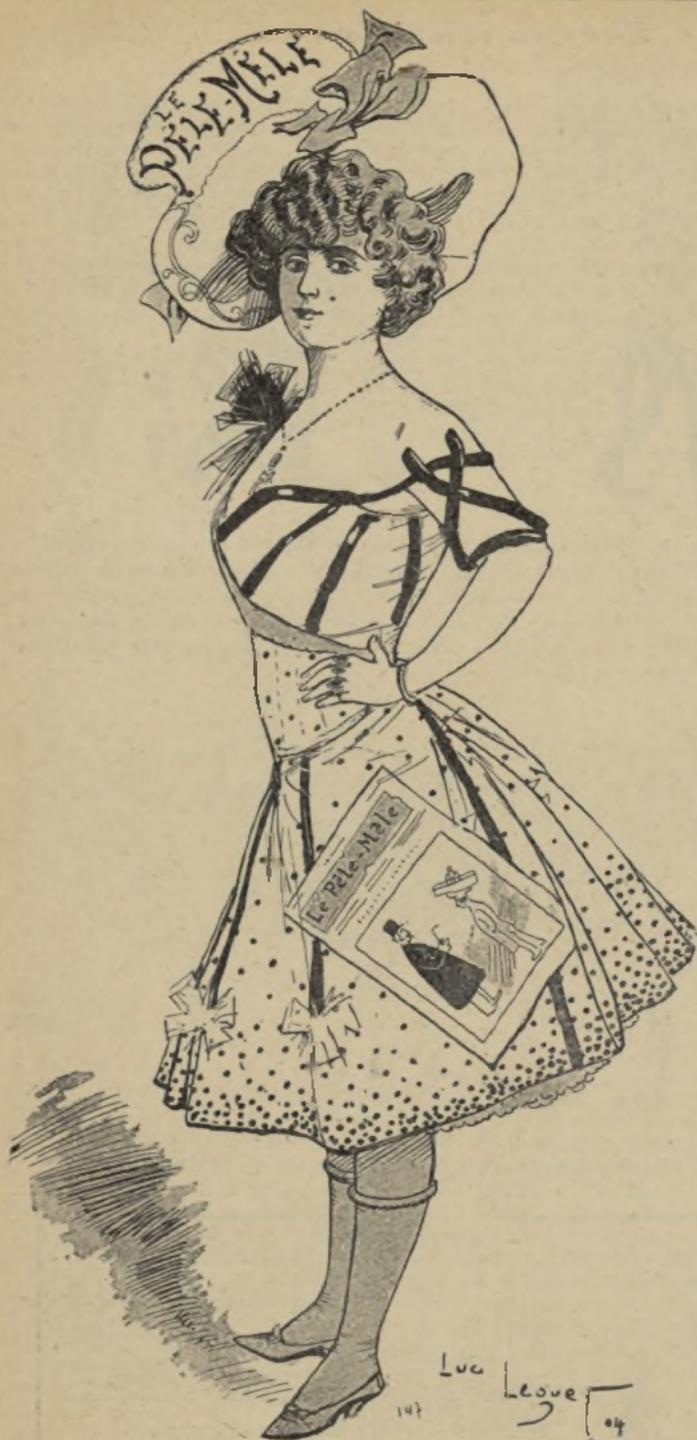
Y efectivamente, transcurridos unos minutos, el vizconde pudo observar que estaba suficientemente disfrazado para asistir al baile de la duquesa.



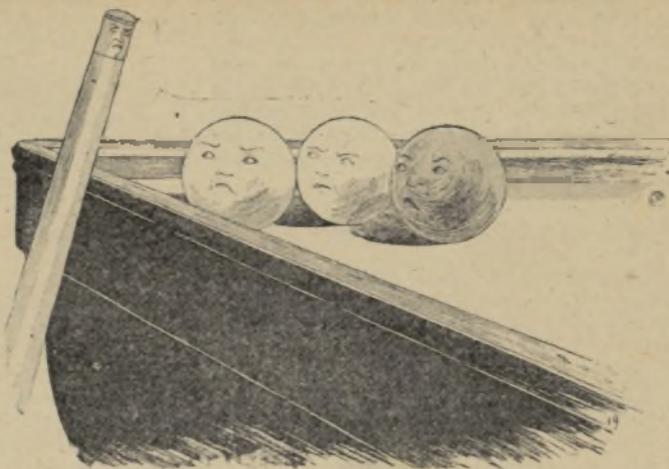
— ¿Qué le parece al señor Este vinillo?

— Veremos.

Falta contar los traspies es Que me va á costar luego.

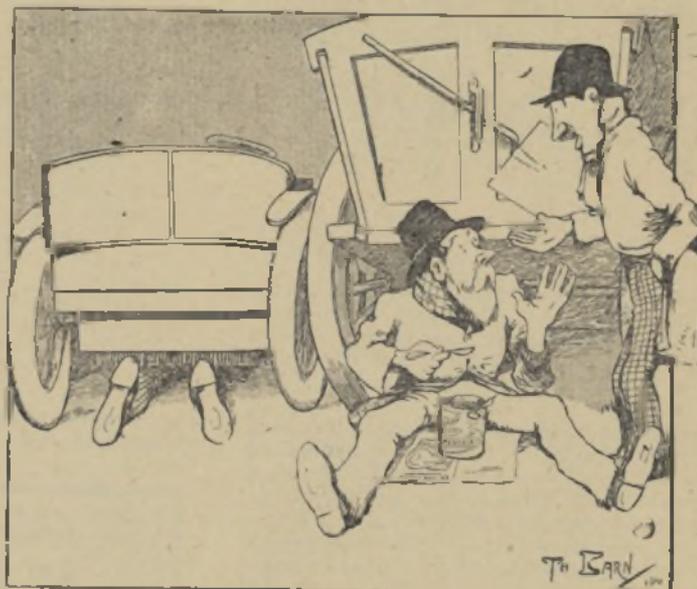


Mlle. Déa de Cortay, que personifica «El Pêle-Mêle» en la linda revista de Cottens. (Teatro de Folies-Bergère).



LAS BOLAS. — ¿No nos empujas, Haragán?

EL TACO. — ¡Psché! Luego... ¿Tanta añoranza tenéis de mis puntapiés?



Orgullo

— Si te sobra sopa, no te hinchas el estómago. Ofrecele á ese que está durmiendo.

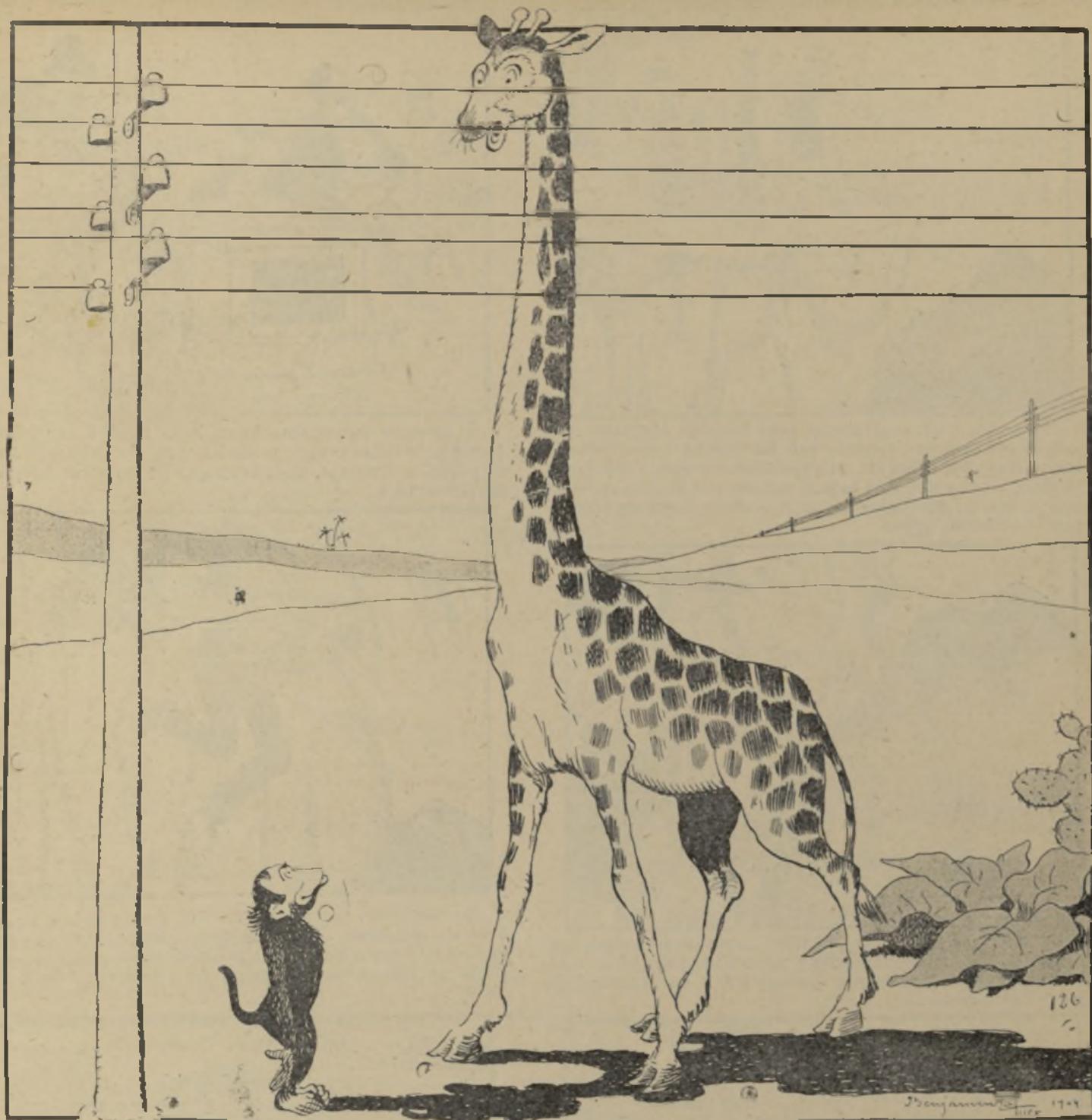
— ¡Quiá! No quiero exponerme á que me la desdeñe. Desde que se acuesta bajo un automóvil, ni el rey le es buen mozo.



EL ARTISTA (penetrando en su taller, á medios pelos). — ¿Conque no era cuento la historia de Pigmalión y Galatea?... ¿Pero qué hacen mis estatuas? ¡Pues no están dando vueltas! ¿Qué locura es esa?



— ¿No dije que están locas esas estatuas? ¡Socorro!... ¡que me matan!...



En el Desierto

LA JIRAFÁ.— ¿Qué aparato es éste?

EL MONO.— ¿Pues no lo veis? Es un cercado para jirafas.

En una estación balnearia:

— Veo que engorda usted de un modo atroz.

— Se equivoca usted, señora; cada día estoy más flaco.

— ¿Pues en qué consiste que cada día le encuentro á usted más pesado?

—oo—

— ¿Le gusta á usted nuestro pueblo? — preguntaban á un madrileño este verano en un pueblecito de la provincia de Huesca.

— Sí; pero esos adoquines puntiagudos son insoportables.

— ¿Qué quiere usted? El alcalde es zapatero.

Para engañar fementido
Y nunca ser engañado
Es remedio el más probado
No creer, y ser creído.

Y para gran simple ser
Y desdichado hablador,
Es el más lindo primor
No ser creído y creer.

F. de la Torre.

—oo—

Un vividor que, cuando lograba dinero, lo derrochaba en comilonas, solía decir:

— En mi mesa no puede morir nadie más que de indigestión ó de inanición.

Entre madre é hija:

— No, mamá, no quiero casarme con Ricardo. Soy todavía muy joven y muy ignorante.

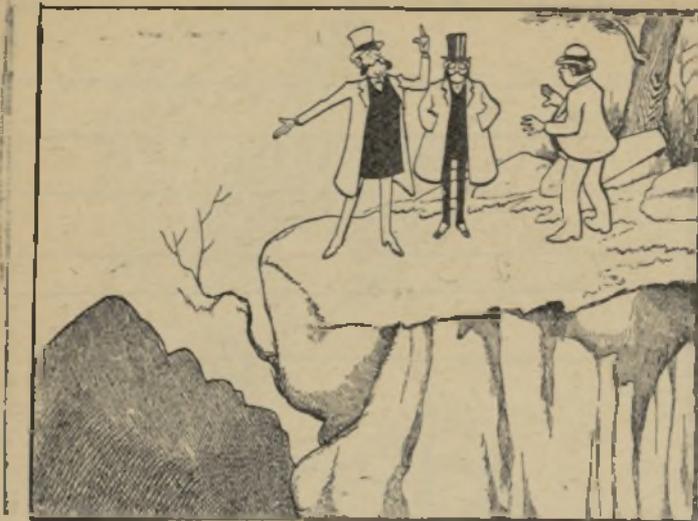
— Esas no son razones, Matilde. A los hombres no les gustan las mujeres demasiado instruidas é inteligentes.

— Sí; tú te figuras que son todos como papá.

—oo—

Gedeón encuentra á uno de sus amigos, y le dice:

— Me he cruzado en la calle con un individuo que se te parece tanto, tanto, que al verme hasta me ha saludado.



Cierto día, unos capitalistas muy ladinos, ocultaron varios tesoros bajo los peñascos que bordeaban una profunda sima en cuyo fondo hervía un impetuoso torrente. Divulgaron el hecho, y permitieron á todo el mundo ir á buscar aquellos tesoros, con tal que se les pagase una suma bastante crecida como derecho de pasaje.



La mayor parte, á las primeras tentativas, resbalaban por aquellos terribles peñascos y caían en el precipicio. Los más afortunados fueron los que pudieron encaramarse de nuevo á la cúspide.



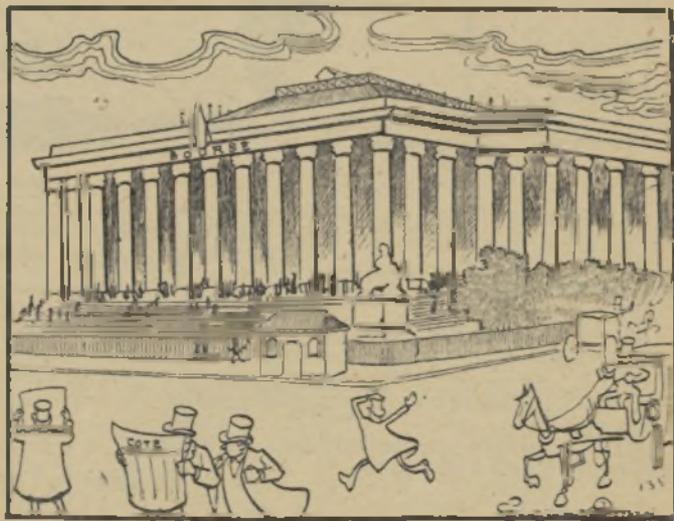
Metióselo en el bolsillo, pero su situación no era por esto menos crítica; el peñasco en que descansaba, moviase y amenazaba desplomarse con él al precipicio, cuando de pronto el viento, que soplaba impetuoso, hizo descender una rama á la que el hombre pudo asirse. Ayudóse con ella, y tras mil dificultades, pudo ganar por fin la cima.



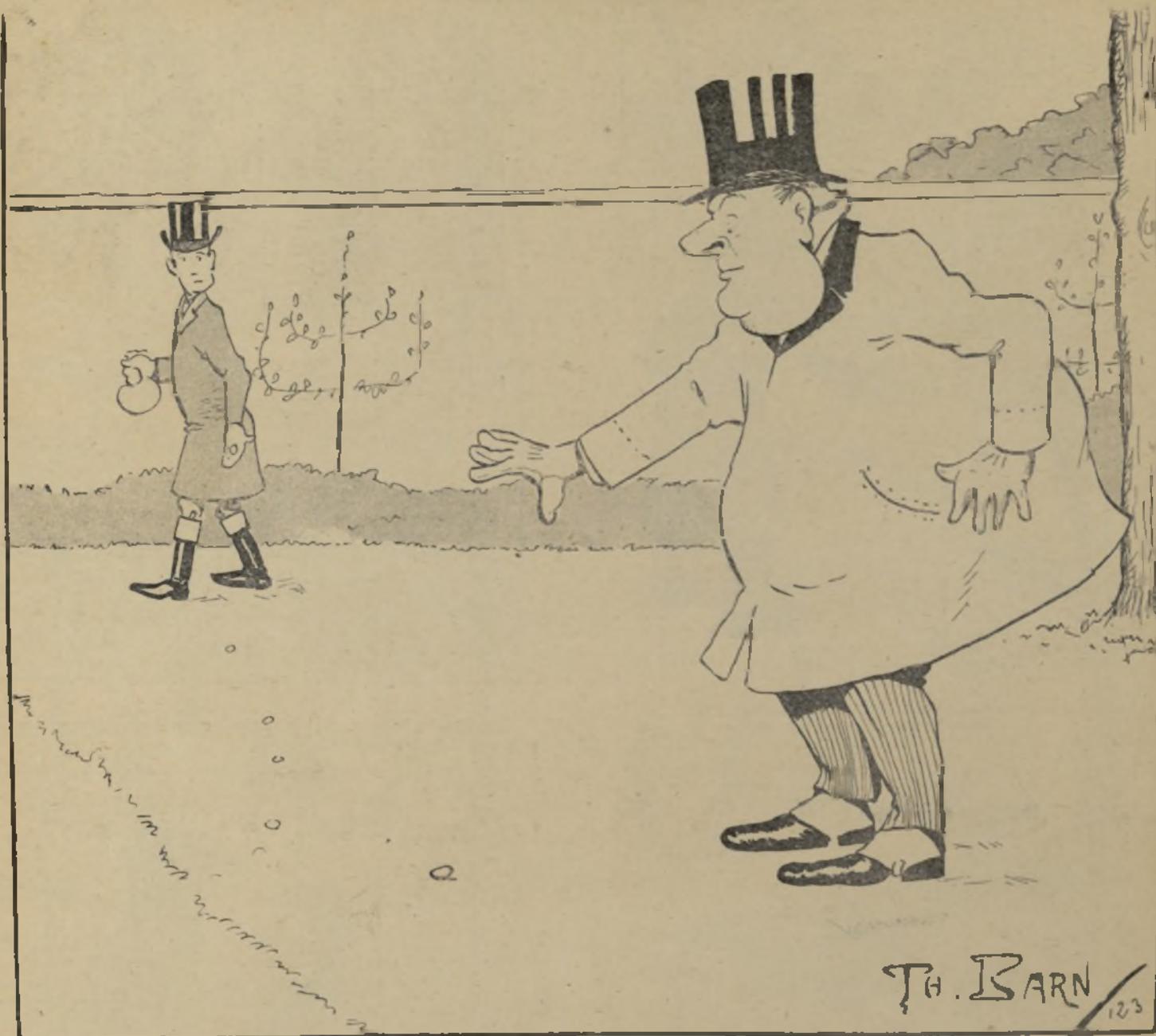
El número de audaces buscadores llegó á ser infinito. Acudían de todas partes, y como la prima estaba al alcance de todas las fortunas, nada era capaz de arredrar á aquellos desventurados.



No obstante, aconteció un día que uno de aquellos ávidos buscadores, al resbalar quedó detenido por la raíz de un árbol. Y como buscase un punto de apoyo para sostenerse, ¡cuál no fué su estupefacción al divisar uno de los tesoros!



Quando todos los buscadores le vieron con su tesoro, exclamaron: «¡Pues es fácil, muy fácil descubrirlos, cuando éste, que no es más avisado que nosotros, ha encontrado uno!» Este es el motivo de que siempre se arruinan muchas personas en la Bolsa, con la esperanza quimérica de hacer fortuna en ella.



TH. BARN 123

Ejercicio físico

Don Pancracio, que goza de una archiflorida obesidad, ha consultado al doctor, quien le ha ordenado ejercicios físicos. Pero como don Pancracio no está dispuesto á gastar la suma necesaria para la compra de aparatos de gimnasia, ha ideado hacerse preceder cada mañana por un criado que arroja al suelo monedas de cinco duros, dando la vuelta á la propiedad del millonario roñoso. Don Pancracio se baja á coger las monedas, y cuando ha recogido por valor de mil duros, hace que le lleven á su habitación y le sequen, pues está sudando á mares. Pronto le tocará la barriga en la espalda, y no le habrá costado un céntimo el remedio.

A un borracho que está en cama le dice el médico:

- Levántese usted y vaya á dar un paseo.
- No me es posible, doctor; no puedo moverme.
- Haga usted un esfuerzo.
- ¡Pero, señor, si ni siquiera puedo alzar el codo!

—oo—

Un anticuario extranjero interroga á Piave.

- ¿Cuáles son las monedas más raras en este país?
- ¡Todas, señor! ¡Con decirle á usted que hace tres meses que yo no he visto una peseta!

En un restaurán:

- Mozo, ¿qué es lo que acaba de caer en la sopa?
- El algodón de mi oído. Pero no tenga usted aprensión, que ayer me lo habfa mudado.

—oo—

A mi amigo Facundo, cierto día

- Un médico decía:
- Entre cuantos enfermos he asistido, Nunca á ninguno he oído De mis curas quejarse, Y esto, en verdad, es digno de alabarse.—
- Y respondió Facundo:
- Es que á quejarse van al otro mundo.

Un peluquero entusiasta admirador del pelo postizo, deseando hacer partícipes de ese mismo entusiasmo á los transeuntes, pintó en la muestra de su tienda un Absalón cogido de los cabellos, y al pie la siguiente significativa leyenda:

¡Una peluca le hubiera salvado la vida!

—oo—

— ¡Hola, don Antolín! viene usted de paseo, ¿eh?

— Sí; se empeñaron mis nietos en ir á ver á las fieras...

— ¡Y qué hay de nuevo en aquella casa?

— La jaula de la hiena está vacante.

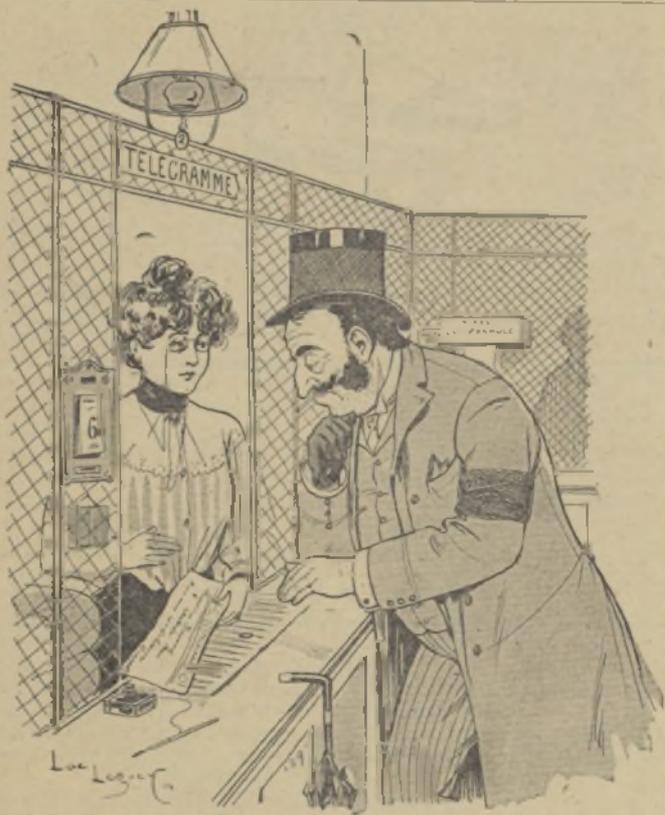
— ¡Hombre, qué buena proporción para mi suegra!



— ¡Largo de aquí, perra bruja,
Vieja pindonga! ¡Arre, fea!
— Ya me voy, no te incomodes.
— ¿Quieres más santos y señas?



Supresión radical del apuntador en los teatros, gracias al fonógrafo dramático.



Sinceridad

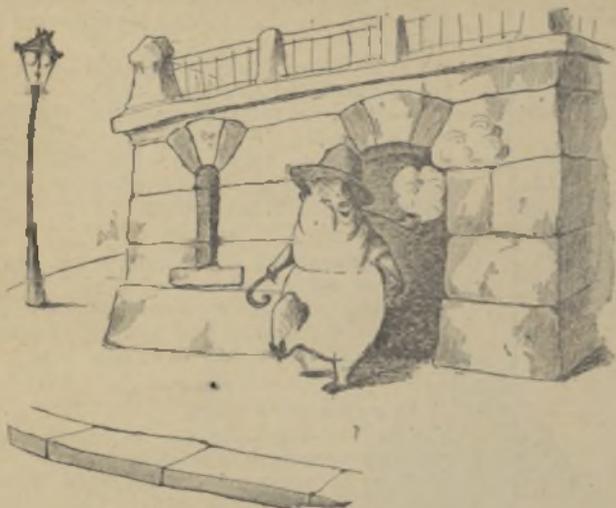
LA OFICINISTA (releyendo el telegrama).— «Onésimo Durand, 6, calle Châteaudon, París. Reciba mi pésame.» Hay nueve palabras: es una peseta.

DUVAL.— Perdone usted: Por una peseta tengo derecho á diez palabras. En lugar de... «pésame» así... sencillito, haga usted el favor de poner: «sincero pésame».

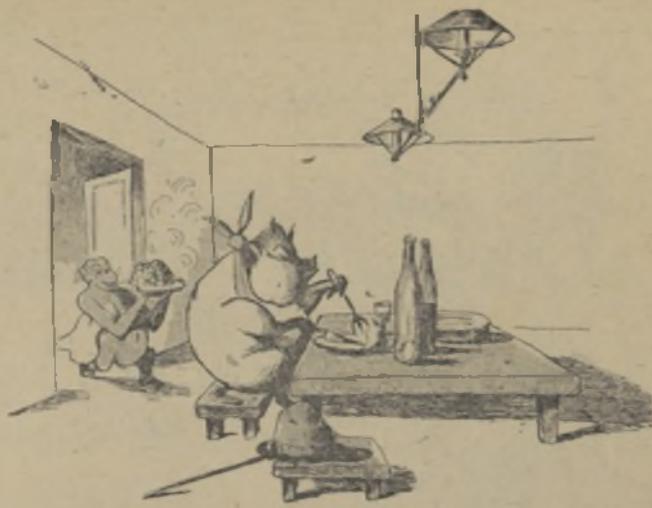


— ¿Usted parece un artista, eh? Pues á mi no me gusta el canturreo, ¿estamos? ¡A ver cómo se larga usted con viento fresco! No me conviene que llueva esta semana.

El Cerdo y la Zorra



Sucedió una vez que el caballero Panzarria, un cerdo que lo menos pesaba sus doscientos kilos, salió de casa para ir á darse un hartazgo en el mesón de la esquina, sin reparar en el gasto, porque es de saber que aquel día era el de la fiesta onomástica del hocicudo gordinflón.



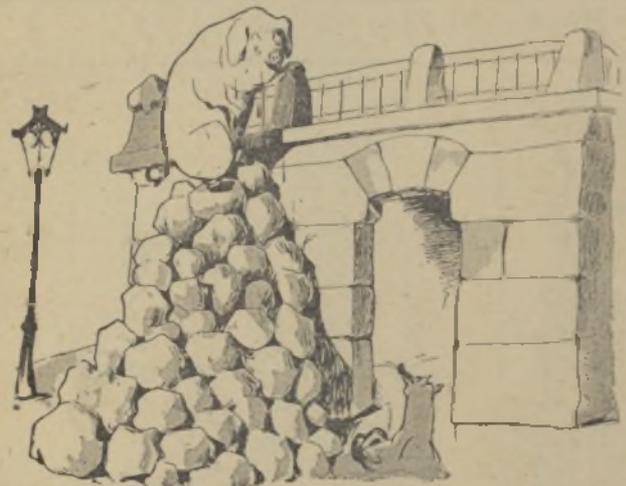
Y ahí lo tenéis instalado ante la vasta mesa del figón, dispuesto á tragarse, en su sardanapalesco banquete, hasta al mono que le sirve los platos. Y sucedió que comió tantos y tantos, que después de dejar exhausta la cocina, al querer reintegrarse en su palacio...



...encontró harto estrecha la puerta de ingreso. «¡Por vida de...! exclamó; ¿habré de quedarme ahora á dormir al raso?» Una zorra que pasó en aquel momento, le dijo: «¡Por poco os desesperáis, señor Panzarria! ¿Tenéis más que recoger unos adoquines y amontonarlos contra el muro de vuestro palacio...



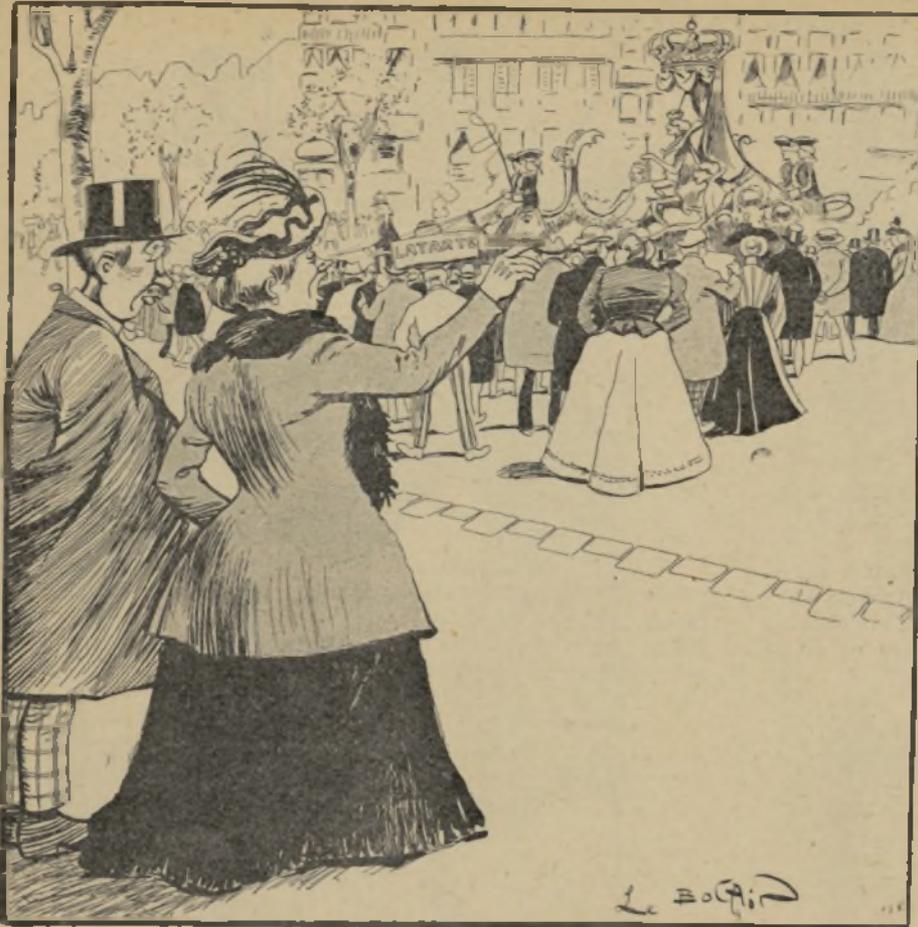
» ¿Ignoráis que si os subís al tejado hallaréis en él un ancho boquete que os dará fácil acceso á vuestro domicilio deslizándoos suavemente por la abertura?» Así habló Ladinilla, la zorra más lista de aquellos contornos. Y Panzarria, atendiendo el consejo, emprendió con decisión la tarea.



Que, á la verdad, resultó muy dura. Necesitó una barbaridad de tiempo para alcanzar la baranda de la azotea, á la que llegó después de titánicos esfuerzos y sudando á mares como un condenado. Pero de pronto, echando una mirada al tejado: «¡Miserable, exclamó dirigiéndose á Ladinilla, me has engañado!



Y descendió gruñendo, en el colmo del enojo, pues en el tejado no vió boquete alguno. «¡Traidora, me has engañado!» repitió. «Os equivocáis, contestó la zorra; probad á entrar ahora por la puerta y veréis cómo fácilmente os metéis dentro. Amontonando adoquines habéis fundido la grasa. ¿Y os parece mal empleado el trabajo, señor cernicalo?»



El remordimiento de la reina de las reinas

LA SEÑORA PETRONILA.—Mira; ¿ves á nuestra lavandera en el carro? No hay peligro que nos mire: temería que le reclamásemos el par de calcetines que nos ha extraviado.

Escena conyugal.

El marido, de carácter colérico, sacude frecuentemente á su mujer el polvo con una vara de acebuche.

Un día, al volver á casa, encontró á su mujer de rodillas y rezando:

— ¡Dios mío! ¡Conservad la vida de mi esposo!

— ¡Cómo! ¿qué cambio es ese? ¿rezas por el que así te maltrata? ¿tanto me amas?

— Muy al contrario; pero como mi primer marido me abofeteaba, y tú, que eres el segundo, me apaleas, temo que, si te mueres, el tercero me mate.

Ernesto se ha resignado á ir á pasar unos días al campo, á la quinta de su tío.

Este le echa en cara su olvido, y le dice que en lugar de acompañarle, no piensa más que en divertirse.

— Se equivoca usted, tío — contesta el sobrino; — si yo no pensara más que en divertirme, no estaría aquí.

Marianita á su prima Elena, cuya madre tiene orificados los dientes con un derroche del precioso metal:

— ¿Tu mamá debe ser muy rica?

— ¿Por qué dices eso?

— Porque he notado que lleva sortijas en los dientes.

En un Casino:

— Dime, ¿crees tú que Juanito tiene verdaderamente capital?

— Ya lo creo; nunca pide prestadas menos de mil pesetas.

Dos años discuten los méritos de sus respectos vos padres.

— Mi papá es muy alto.

— El mío es tan alto como el muro del jardín.

— El mío puede mirar por encima del muro.

— El mío también, cuando lleva el sombrero puesto.

Habíase convocado un concurso para premiar acciones meritorias, y se presentó un sujeto á solicitar uno de los primeros premios.

El presidente le interrogó, diciendo:

— ¿Qué méritos alega usted?

— He salvado á tres amigos.

— ¿Cómo?

— Figúrese usted que los tres querían casarse, y con mis buenos consejos les hice desistir de tales propósitos.

Un anarquista enseñando á su hijo los deberes del ciudadano:

— Hijo mío — le dice con énfasis — para llegar á ser algo en este mundo, es preciso dejarse matar en una barricada.

Entre marido y mujer:

Ella. — Amigo mío, ¿no es cierto que la belleza constituye la felicidad?

El. — No estoy conforme contigo, Matilde, porque á tu lado me considero el mortal más dichoso del mundo.

Apertura de testamento de un alcalde baturro.

El notario lee:

«Lego á mi sobrino Juan dos vacas que se perdieron hace dos años, en caso de que se encuentren. En caso contrario, se las lego á mi sobrino Nicolás.»

Gedeón ha llevado á su hijo al Museo de Historia Natural, y uno y otro se detienen ante un orangután.

— Papá — dice el chico, — esos animales no pueden soportar nuestro clima?

— Sí, hijo mío; pero sólo cuando están disecados.

En un examen:

— ¿Cuántos son los elementos?

— Cinco.

— ¿Cómo cinco! ¿Cuáles son?

— Agua, fuego, tierra, aire y aguardiente.

— ¿Por qué el aguardiente?

— Porque mi padre, siempre que lo bebe, dice que está en su elemento.

— ¿Cómo, doctor! ¿Se dedica usted á hacer versos?

— Sí, los hago para matar el tiempo.

— ¿Pero qué?... ¿Ya no tiene usted clientela?

Precisión inglesa



— ¿La línea de Versalles, me hace osté el favor?...

— La tiene usted en frente...



— ¡Mochas gracias!



— ¡Diablo... diablo!... ¡Nada, que no puedo abrir este condenado cajón! ¡Correhuela!
 — ¡Llama al señor comisario?
 — Sí; me es imposible abrir este cajón. A ver; mire usted si hay detenido cualquier ratero y mándemelo: tal vez sea bastante amable para sacarme de este apuro.



— ¿Cómo te va en tu nuevo empleo?
 ¿A qué se dedica tu amo?
 — Es artista: un pintor muy célebre.
 — ¿Tendrá buena clientela?... ¡Muchas visitas de la «high-life», ¿verdad?
 — ¡Puelé! Yo creo que ese hombre habrá sido antes maestro de escuela, porque todos le llaman: *Querido maestro*.

El necio de Baltasar
 Trató de probarme, un día,
 Que el talento consistía
 En saber disimular.
 Mas yo dije: — A no dudarlo,
 Razonas con mucho peso,
 Y ahora caigo en que por eso
 Sabes tú disimularlo.

M. Pastorfido.

— ¿Es verdad que tu suegra está gravemente enferma?
 — Sí, pero como la conozco á fondo, sé que es capaz de vivirnos todavía quince ó veinte años.

En un baile

— Dígame usted, ¿quién es esa que abre y cierra el abanico?
 Esa horrible. — ¡Es mi señora!
 — Perdónese usted; he querido decir la que está á su lado, que es horrenda. — ¡Rosarito!
 ¡Mi hija mayor! — No, la otra, aquella de feo subido.
 Que ahora sonrío. — ¡Mi hermana!
 — Sin duda, bien no me explico; me refiero á aquella rubia, que es lo más feo que he visto.
 — ¡Mi prima Rosa! — ¿De veras?
 Pues, ¡hasta ya de distingos! Tiene usted una familia, que es la familia de Picio.

Carlos Cano.



Los banquetes de los hambrones

— ¿Hueles? ¡Pollo asado! Voy á pasar el zoquete por entre los hierros de la lumbrera para que se impregne bien con el olor. Pasa tú si quieres ese trozo de bacalao... yo no quiero comerlo ahora. ¡Vaya una gracia; comer pollo con espinas!

Gedeón, que es presidente de un Asilo de huérfanos, da cuenta á la Junta directiva de un donativo anónimo de veinte mil pesetas, y dice entusiasmado:

— El Consejo está en el caso de dar públicamente las gracias al generoso anónimo, cuyo nombre quedará unido eternamente á la memoria de esta obra de caridad.

Fué un mozalbete á comprar dos naranjas por encargo de su amo.

Erán tan hermosas, tan grandes, y tenía el pilluelo tanta sed, que no pudiendo resistir á la tentación, se comió una de las dos naranjas.

Al regresar á la tienda, viendo el amo que sólo llevaba una naranja el muchacho, le hubo de preguntar:

— ¿Y la otra?
 — La otra, — balbuceó el aprendiz, — la otra está aquí: tome usted.

Y le entregó la que no se había comido.

— ¿Conoce usted á ese caballero?
 — Ya lo creo; es uno de mis íntimos amigos. Ayer me lo presentaron.

En una escuela:
 — Me sorprende que ejerza usted el profesorado, estando en ayunas de ciencia.
 — Con cuatro duros de paga al mes, señor inspector, no es extraño que esté en ayunas de todo.

Pasatiempos

(Las Soluciones en el número próximo)

CHARADA

Toda mujer *prima tres*
 Tiene *prima* tras *tercera*;
Prima segunda usan muchos,
 Sean ricos ó no lo sean;
 Pero no llevan el todo
 Las personas de alta esfera.

ENIGMA

Yo he visto un cuerpo sin alma
 Dando voces sin cesar,
 Puesto al viento y á la calma,
 Como el dátil en la palma.
 Y en ademán de bailar.

Soluciones

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — *Salamanca*.

ENIGMA. — *Sortija*.

Imprenta de Henrich y C.^ª en cta. — Barcelona

EL PÉLE-MÊLE

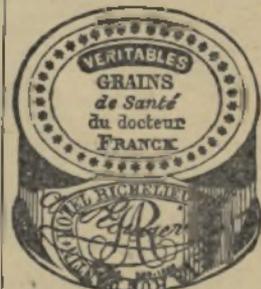
Es la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

VERDADEROS GRANOS de SALUD
del Dr. FRANK



Un siglo de clientes, por todo el mundo!
Contra el ESTREÑIMIENTO
y sus consecuencias:
Inapetencia, Jaqueca
Embarazo gástrico, etc.
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS,
con Etiqueta en 4 colores,
análoga á la del margen y el
Nombre del Dr. FRANK
sobre cajas azules, cuyo fac-simile
demostramos en el margen.
11. 504/1 caja (50 gr) 3. Leja (15 gr)
Es el mejor, el más cómodo y el más
barato de los Remedios.
A cada caja acompaña una
instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Hémond Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las salsas y casa para el cocido.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

84 Sopas distintas

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Russa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 600 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En el Concurso abierto por los Editores de esta Biblioteca, fueron premiadas las siguientes novelas:

Primer premio.

Pedro Mata

Guarás el pan...

Segundo premio.

Mariano Turmo Baselga.

Mignelón.

Tercer premio.

Rafael Pamplona Escudero.
Cuartel de Inválidos.

Recomendadas por el Jurado.

Ricardo Carreras.

Doña Abulia.

Gregorio Martínez Sierra.

La Humilde Verdad.

Magdalena Santiago Fuentes.

Emprendamos nueva vida.

José Segarra.

Vocación.

J. Menéndez Agusty.

Marín de Abreda.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.^a, Editores

BARCELONA

No empleéis sino las **PLACAS JOUGLA** Y PAPELES

LOS MESES

TEXTO de los Sres. Alarcón, Campomar, Cánovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrari, Mañé y Flaquer, Nuñez de Arco, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueba y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galofra, Martínez Cubells, Más y Fontdevila, Mestres, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Vilodas.

NEVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 pts. cuaderno.
Henrich y C.^a, editores. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en San Andrés de Palomar — Barcelona
Valor: 6000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN
Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA